

FRECIOS DE SUSCRICION: MADRID. un mes, 6 18; l'ROVINCIAS, trimestre, la suscricion directa, 24; por corresponsal, 30; Extranjero y Ultramar, 60. INSTRUCCION.—MORALIDAD.—RECREO OFICINAS DEL PERIÓDICO: Caños, 1, principal, Madrid. Se suscribe en todas las librerias y en la Administración. Se insertan anuncios á real linea.

NUESTRO GRABADO.

Cristóbal Oudrid ha dejado de existir. Víctima de aguda enfermedad, el arte lírico nacional ha perdido en él una de sus más firmes columnas, y sus numerosos amigos un compañero cariñoso y leal cuya muerte ha venido á herirles en lo más íntimo de sus afec-

En tan tristes momentos no podemos escribir una extensa reseña acerca de su vida y sus obras, debiendo ceñirnos tan sólo á dar ligeros apuntes biográficos del malogrado autor que tan prematuramente acaba de descender á la tumba.

Nació Cristóbal Oudrid en Badajoz, en Agosto de 1826. Sus padres, D. Cristóbal y doña Antonia Segura, le dedicaron, desde sus más tier-

nos años al estudio de la música, haciéndole in-gresar el de 1840, como corneta de llaves en el regimiento provincial de la referida ciudad. Al cabo de dos años, y en vista de su deci-dida aficion al arte de la música, vino á Madrid deseoso de ensanchar el horizonte de sus conocimientos, logrando ocupar la plaza de flautista en la orquesta del teatro de la Cruz, sin que por eso dejara de proseguir sus estudios musicales bajo la direccion del célebre maestro de

piano D. Pedro Alvéniz. En el año de 1844 entró á servir la plaza de maestro de coros del teatro del Instituto, donde se cantaban a la sazon óperas italianas, traducidas al castellano, entre las que figuraban Il barbiere di Siviglia, Il ritorno di Columella, Chiara di Rosemberg y otras, debidas al génio de los compositores más en boga por aquellos dias. Pero como el talento de nuestro compatriota setaba llemado e más eltes fora discale fora

estaba llamado a más altos fines, dióse al fin á conocer como compositor de música de bailes en el teatro Español, allá por el año de 1846. Entre dichas composiciones obtuvieron grandioso éxito La rondalla de Zaragoza, La tertulia, La zambra de gitanos, La poderosa y algunas más que fueron acrecentando de dia en dia la fama é importancia de nuestro popular autor. En el año de 1848 empezaba á germinar la

idea del renacimiento de la zarzuela, y por aquella época empezó el maestro Oudrid à contribuir á la obra de nuestra regeneración mu-

Escribió para el teatro del Instituto la parti-tura de un sainetillo titulado Las sacerdotisas del sol; y más tarde, en el año de 1849, una zarzuela de mayores proporciones que aquel, deno-minada Misterios de bastidores, obra que con-quistó desde luego los favores del público, obteniendo calurosos aplausos y alcanzando gran número de representaciones. Las citadas zarnumero de representaciones. Las citatas zar-zuelas empezaron á despertar el gusto por el nuevo género, que aseguró desde luego su im-portancia con la representacion de la titulada El duende, del maestro Hernando, estrenada con felicisimo éxito en el teatro de Variedades el 6 de Junio de 1849. En el mismo coliseo fueron tambien muy aplaudidas La mensajera, de Gaztambide, Gloria y peluca, de Barbieri y Pero

Grullo, de Oudrid. En tales condiciones, pensóse sériamente por algunos maestros en dar mayor explendor al naciente espectáculo, y á éste fin constituyose una sociedad, de la que formaron parte los compositores Barbieri, Gaztambide, Oudrid, Hernando é Inzenga, el autor dramático Olona, y el cantante Salas, los cuales tomaron á su cargo el teatro del Circo, donde Oudrid dió á conocer la partitura de Moreto, que es sin duda alguna la mejor de las que componen su rico y variado repertorio. Podemos tambien citar entre las más inspiradas, El postillon de la Rioja, El conde de Castralla, Amor y misterio, Buenas noches señor don Simon, El estudiante de Salamanca, Memorias de un estudiante, La gata de Mari-Ramos y El molinero de Subiza, drama lírico que vino á poner el sello á la reputacion de Oudrid, y que ha obtenido en todas partes gran número de repre-

sentaciones. La última zarzuela de nuestro compositor, puesta en escena en el teatro de la calle de Jovellanos, ha sido la titulada Los pajes del rey, cuya música es bella é inspirada como la de cuantas constituyen, el largo catálogo de sus partituras.

Deja escrita una zarzuela inédita, con libro del Sr. Nogués, que indudablemente será representada en no lejano tiempo, á fin de que el público tenga nuevas cossiones de rendir un tributo de admiracion al distinguido compositor, cuya pérdida tan sensiblemente lamen-

Dicha zarzuela se titula El Consejo de los

Diremos, paraterminar, que el maestro Oudrid ha ocupado los primeros puestos que en Madrid se conceden á los profesores que consagran sus talentos al arte de la música. Ha sido director de orquesta del teatro Real y de la Sociedad de Conciertos, donde ha tenido ocasion de manifestar las grandes dotes de pericia y habilidad que le adornaban.

Ha fallecido á los 51 años, dejando un vacío inmenso entre sus deudos y amigos; su me-moria, sin embargo, quedará grabada indele-blemente en los corazones de cuantos tuvieron la dicha de tratarle y estiman en algo el desarrollo y progreso del arte lírico nacional.

UN PRÓLOGO DE EMILIO CASTELAR (1).

La cuestion religiosa, ó, mejor dicho, la cues-

(1) Tan interesante y notable trabajo forma la introduccion de un libro que, con el título de "Influencia del catolicismo en la España contemporánea, ha escrito el Sr. Martin de Olías.—Precio: S rs. para los suscritores de El Globo; 10 rs. en las principales librerías. Avisos á la administracion de este periódico.

tion de las relaciones entre la Iglesia y el Estado, apasiona tanto á nuestro siglo como pudieron apasionar á los siglos pasados las cuestiones teológicas. El dictado de indiferente con que tantas veces se ha querido manchar ésta nuestra edad, no le cuadra, porque la indife-rencia es contraria al interés mostrado siempre por nuestro tiempo en favor ó en contra de las soluciones políticas relacionadas con la fe religiosa. Lo que realmente hay en nuestro siglo, es un sentido mucho más humano, mucho más universal, y, por lo mismo, mucho más justo que en los siglos anteriores. En uno de mis trabajos históricos que tienen por objeto nuestra edad, en el capítulo XXX de mi *Historia del* Movimiento Republicano en Europa he tratado vo de estudiar el espíritu de tolerancia moderno, estudiando uno de los pensadores que más lo han fomentado, Lessing, gloria de Alemania. Y allí he dicho sobre este punto lo que sigue, y que al pié de la letra copio, por resumir, en breves palabras, mi sentido acerca del espíritu religioso de nuestro siglo. «Para el gran pen-sador, la gloria de la humanidad no está, no, en la quieta posesion de la verdad, està en los combates, en las penas que la verdad ha costado, Por eso dice que, si le llamara Dios y le di-

Oristóbal Oudrid y Segura, maestro-compositor.

jese: «en esta mano tengo la verdad y en esta otra el camino penoso, escabrosisimo, que á la verdad conduce, escoje, escojeria el camino de la verdad aun a riesgo de regarle con su sudor y con su sangre, ¡Si, virtud santificante de la lucha, del trabajo, del dolor, parece que destruyes y creas; parece que abates y exaltas; parece que debilitas y fortificas; parece que eres el signo de nuestra inferioridad y eres la señal explendente de nuestra grandeza y de nuestra gloria!»

«Lessing aceptaba la lucha por la verdad para fortalecer su espíritu, como el atleta antiguo aceptaba la gimnasia para fortalecer su cuerpo, y en estos ejercicios del pensamiento encontró la idea de que todas las religiones son grados diversos, fragmentos diseminados, matices varios de una misma religion, la cual ha educado progresivamente á la humanidad. El ideal reli gioso no se encuentra contenido en un sólo libro, sino en todos los libros que han sostenido, que han consolado á nuestra especie en las trises asperezas de su ruta hácia la realizacion del ideal. Así como el trabajo del Oriente no ha podido perderse, ni perderse el trabajo de Grecia y sus filósofos, el trabajo de Roma y sus jurisconsultos, así el trabajo de las diversas iglesias servirá para esclarecer, para iluminar la con-ciencia humana. Desde los picos del Himalaya, á los cuales alzan sus brazos suplicantes los padres de los primeros dioses; desde las cumbres del Sinai, donde aun relampaguea, truena y fulmina el Jehová de Moisés; desde el sublime Calvario donde corre la humilde sangre del hijo del Hombre; desde el Hibla, que ha visto la cuna de los dioses griegos y que ha escuchado los diálogos del divino Platon; desde el coliseo romano, en cuyas cimas brillaban los génios protectores de Roma y en cuyo centro hoy abre sus brazos la Cruz que parece alimentarse de las cenizas de los mártires como los árboles de la sávia de los campos; desde las cúpulas de

San Pedro de Roma ó de San Pablo de Lóndres; desde las torres de la iglesia de Worms, que oyeron la protesta del monje Lutero, hasta las torres de la catedral de Colonia, que todavía abrigan la reaccion católica, no se descubren los límites últimos ni las últimas señates de la revelacion; no se ven ni en lo pasado los confines de los recuerdos religiosos, ni en lo porve-nir los extremos de las religiosas esperanzas; porque así como el libro de los Vedas ha podido ser el libro de la naturaleza, y el libro de los Persas el libro de la luz, y el libro del Antiguo Testamento el libro de Dios Padre, y el libro del Nuevo Testamento el libro de Dios Hijo, y el libro de la Reforma el libro del Espíritu Santo, el pensamiento humano jamás podrá saber cuántos libros religiosos, reveladores, luminosísimos, vendrán mañana en progresion ascendente áscontinuar la obra que los otros comenzaron, á embellecer, á santificar el humano espíritu, para el cual guardan los cielos en sus profun-

didades una revelacion eterna é incesante.
Esta idea, mediante la cual aparecen las varias religiones como grados diversos en el desarrollo de la humana conciencia, realmente ha reconciliado los hombres entre sí y les ha dicho cómo necesitan unos de otros para vivir, aunque tengan opuestas creencias, y cómo las ideas neesitan unas de otras para definirse y desarrollarse, aunque parezcan contradicto-

Nuestro tiempo reconoce que la religion es obra de la conciencia, y los tiempos antiguos creian que la religion era obra del Estado. Y todos los grandes tiranos han tenido esta idea falsisima de que una ley civil ó una ley política bastaban para producir una creencia religiosa. Napoleon. desde su destierro, critica acerbamente á Enrique IV por haber oido la mica atélica y baba hacha de acte guarte que todo esta contenta de la contenta del contenta de la contenta de l misa católica y haber hecho de esta suerte que Francia oyera con el esa misa, cuando Francia hubiera sido mucho más libre de abrazar á tiempo la religion protestante. El mismo, se cree con tal poder teológico, que le hubiera sido fácil, cuando pactó el Concordato, establesido facil, cuando pacto el Concordato, estable-cer la Iglesia luterana en lugar de restablecer la Iglesia católica. Cárlos V procedia lo mismo. En su orgullo no se contentaba con ser empe-rador; creiase tambien Pontífice. Y en lo récio del combate entre católicos y protestantes se le ocurrió trazar un simbolo de fé, un paeto de alianza entre las dos creencias enemigas, como si de puros asuntos políticos se tratara en la esfera propia de los poderes civiles. Así, cuando vió al elector de Sajonia erguirse y rechazar sus incomprensibles contratos, no pudo com-prender cómo, prestándose cual blanda cera á sus manos la tierra, se le rebelaba la concien-cia. Y hé aquí el error de todos los intolerantes en todos sentidos: imaginar al Estado bastante fuerte para dirigir á su arbitrio lo que sola-mente se dirige por la fuerza de las ideas, la

intima esencia del espíritu.
El cristianismo, en sus orígenes, se planteaba
como religion del espíritu, frente á frente del
paganismo, que se defendia como religion del

Estado.

La teoría de las religiones del Estado, de las religiones que se imponen por la fuerza social, era propia del sensualismo pagano, que se contentaba con la ofrenda material y el reconocimiento exterior, curándose poco dela conciencia y del espíritu. Así, mientras Aristófanes y Aito defendian los dioses griegos contra Sócrates, porque eran los dieses vencedores en Platea y Salamina, y Ciceron en sus libros de las leyes asentaba que nadie tenia facultad para adorar otros dioses que los dioses de la patria; y Paulo en sus sentencias declaraba que todos y rauno en sus sentencias declarada que todos aquellos que eran osados á profesar una religion distinta de la religion del Estado eran reos, si nobles de destierro, si plebeyos de muerte; y el gran Trajano decretaba la persecucion de los nuevos sectarios, porque al injuriar al César injuriaran al imperio; mientras subsiste y cobra fuerzas esta idea pagana que ha cometido todos los grandes crimenes, desde el sacrificio de Sócrates hasta el sacrificio de Cristo; mientras esta teoria de la religion impuesta por la fuerza social dominaba en toda la antigüedad clásica, los cristianos revindicaban el derecho de aderar á su Dios en nombre de la conciencia, en nombre del espíritu; y de esta sueral mismo tiempo que defendian la verdad religiosa, defendian el principio de que sobre la conciencia no hay más que una jurisdiccion, y es la jurisdiccion divina, y que los poderosos que persiguen por hechos de conciencia á los sectarios de una idea, desiertan de la humanidad como los Césares paganos que al-